

*La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca, José M. Ruano de la Haza,  
Madrid, Castalia, 2003

Rosaura –

Hipogrifo violento,  
que corriste parejas con el viento,  
¿dónde, rayo sin llama,  
pájaro sin matiz, pez sin escama,  
y bruto sin instinto  
natural, al confuso laberinto  
de esas desnudas peñas,  
te desbocas, te arrastras y despeñas?  
¡Quédate en este monte,  
donde tengan los brutos su Faetonte,  
que yo, sin más camino  
que el que me dan las leyes del destino,  
ciega y desesperada,  
bajaré la cabeza enmarañada  
de este monte eminente,  
que arruga el sol el ceño de la frente!  
Mal, Polonia, recibes  
a un extranjero, pues con sangre escribes  
su entrada en tus arenas,  
y apenas llega cuando llega a penas.  
Bien mi suerte lo dice,  
mas ¿dónde halló piedad un infelice?

¿No es breve luz aquella  
caduca exhalación, pálida estrella,  
que, en trémulos desmayos,  
pulsando ardores y latiendo rayos,  
hace más tenebrosa  
la oscura habitación con luz dudosa?  
Sí, pues a sus reflejos  
puedo determinar –aunque de lejos  
una prisión oscura,

que es de un vivo cadáver sepultura.  
Y, porque más me asombre,  
en el traje de fiera yace un hombre,  
de prisiones cargado  
y sólo de la luz acompañado.  
Pues huir no podemos,  
desde aquí sus desdichas escuchemos.  
Sepamos lo que dice.

Segismundo—

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!  
Apurar, cielos, pretendo,  
ya que me tratáis así,  
¿qué delito cometí  
contra vosotros naciendo?  
Aunque si nací, ya entiendo  
qué delito he cometido.  
Bastante causa ha tenido  
vuestra justicia y rigor,  
pues el delito mayor  
del hombre es haber nacido.  
Sólo quisiera saber,  
para apurar mis desvelos,  
dejando a una parte, cielos,  
el delito de nacer,  
¿qué más os pude ofender  
para castigarme más?  
¿No nacieron los demás?  
Pues si los demás nacieron,  
¿qué privilegios tuvieron  
que yo no gocé jamás?  
Nace el ave y, con las galas  
que le dan belleza suma,  
apenas es flor de pluma  
o ramillete con alas  
cuando las etéreas salas  
corta con velocidad,

negándose a la piedad  
del nido que deja en calma,  
¿y teniendo yo más alma  
tengo menos libertad?

Nace el bruto y, con la piel  
que dibujan manchas bellas,  
apenas signo es de estrellas,  
gracias al docto pincel  
cuando, atrevido y crüel,  
la humana necesidad  
le enseña a tener crueldad,  
monstruo de su laberinto,  
¿y yo, con mejor instinto,  
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,  
aborto de ovas y lamas,  
y apenas bajel de escamas  
sobre las ondas se mira  
cuando a todas partes gira,  
midiendo la inmensidad  
de tanta capacidad  
como le da el centro frío,  
¿y yo, con más albedrío,  
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra  
que entre flores se desata,  
y apenas, sierpe de plata,  
entre las flores se quiebra  
cuando músico celebra  
de los cielos la piedad,  
que le dan con majestad  
el campo abierto a su huida,  
¿y teniendo yo más vida  
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,  
un volcán, un Etna hecho,  
quisiera sacar del pecho

pedazos del corazón.  
¿Qué ley, justicia, o razón  
negar a los hombres sabe  
privilegio tan suave,  
excepción tan principal,  
que Dios le ha dado a un cristal,  
a un pez, a un bruto y a un ave?

Rosaura—

Temor y piedad en mí  
sus razones han causado.

Segismundo—

¿Quién mis voces ha escuchado?  
¿Es Clotaldo?  
(Dí que sí: en música –clarín- para que supla el verso)

Rosaura—

No es sino un triste, ¡ay de mí!,  
que en estas bóvedas frías  
oyó tus melancolías.

Segismundo—

Pues la muerte te daré,  
por que no sepas que sé  
que sabes flaquezas mías.  
Sólo porque me has oído,  
entre mis membrudos brazos,  
te tengo de hacer pedazos.  
(Yo soy sordo y no he podido escucharte – clarín- en música)

Rosaura—

Si has nacido  
humano, baste el postrarme  
a tus pies para librarme.

Segismundo—

Tu voz pudo enternecerme,  
tu presencia suspenderme  
y tu respeto turbarme.  
¿Quién eres? Que aunque yo aquí  
tan poco del mundo sé,  
que cuna y sepulcro fue  
esta torre para mí;  
y aunque desde que nací,  
si esto es nacer, sólo advierto  
este rústico desierto  
donde miserable vivo,  
siendo un esqueleto vivo,  
siendo un animado muerto;  
y aunque nunca vi ni hablé  
sino a un hombre solamente  
que aquí mis desdichas siente,  
por quien las noticias sé  
de cielo y tierra; y aunque  
aquí, por que más te asombres  
y monstruo humano me nombres,  
entre asombros y quimeras,  
soy un hombre de las fieras  
y una fiera de los hombres;  
y aunque, en desdichas tan graves,  
la política he estudiado,  
de los brutos enseñado,  
advertido de las aves,  
y de los astros süaves  
los círculos he medido,  
tú sólo, tú, has suspendido  
la pasión a mis enojos,  
la suspensión a mis ojos,  
la admiración al oído.  
Con cada vez que te veo,  
nueva admiración me das;  
y cuando te miro más,  
aún más mirarte deseo.

Ojos hidrónicos creo  
que mis ojos deben ser,  
pues, cuando es muerte el beber,  
beben más, y, desta suerte,  
viendo que el ver me da muerte,  
estoy muriendo por ver.  
Pero véate yo y muera;  
que no sé, rendido ya,  
si el verte muerte me da,  
el no verte qué me diera.  
Fuera, más que muerte fiera,  
ira, rabia y dolor fuerte;  
fuera muerte –desta suerte  
su rigor he ponderado–,  
pues dar vida a un desdichado  
es dar a un dichoso muerte.

Rosaura–

Con asombro de mirarte,  
con admiración de oírte,  
ni sé qué pueda decirte,  
ni qué pueda preguntarte.  
Sólo diré que a esta parte  
hoy el cielo me ha guiado  
para haberme consolado;  
si consuelo puede ser,  
del que es desdichado, ver  
a otro que es más desdichado.  
Cuentan de un sabio que, un día,  
tan pobre y mísero estaba  
que sólo se sustentaba  
de unas yerbas que comía.  
¿Habrà otro, entre sí decía,  
más pobre y triste que yo?  
Y, cuando el rostro volvió,  
halló la respuesta, viendo  
que iba otro sabio cogiendo

las hojas que él arrojó.  
Quejoso de la fortuna,  
yo en este mundo vivía,  
y cuando entre mí decía:  
«¿habrá otra persona alguna  
de suerte más importuna?»,  
piadoso me has respondido,  
pues, volviendo en mi sentido,  
hallo que las penas mías,  
para hacerlas tú alegrías,  
las hubieras recogido.  
Y por si acaso mis penas  
pueden aliviarte en parte,  
óyelas atento y toma  
las que dellas me sobraren.  
Yo soy...

-----

Clotaldo—

¡Guardas desta torre,  
que, dormidas o cobardes,  
disteis paso a dos personas  
que han quebrantado la cárcel!

Rosaura—

Nueva confusión padezco.

Clotaldo—

¡Oh vosotros que, ignorantes  
de aqueste vedado sitio,  
coto y término, pasasteis  
contra el decreto del Rey,  
que manda que no ose nadie  
examinar el prodigio

que entre estos peñascos yace,  
rendid las armas y vidas,  
o aquesta pistola, áspid  
de metal, escupirá  
el veneno penetrante  
de dos balas, cuyo fuego  
será escándalo del aire!

Rosaura—

Ya que vi que la soberbia  
te ofendió tanto, ignorante  
fuera en no pedirte, humilde,  
vida que a tus plantas yace.

Mi espada es ésta, que a ti  
solamente ha de entregarse;  
porque, al fin, de todos eres  
el principal, y no sabe  
rendirse a menos valor.

Y si he de morir, dejarte  
quiero, en fe desta piedad,  
prenda que pudo estimarse  
por el dueño que algún día  
se la ciñó; que la guardes  
te encargo, porque, aunque yo  
no sé qué secreto alcance,  
sé que esta dorada espada  
encierra misterios grandes,  
pues sólo fiado en ella  
vengo a Polonia a vengarme  
de un agravio.

Clotaldo—

Esta espada es la que yo  
dejé a la hermosa Violante,  
por señas que, el que ceñida

la trujera, había de hallarme  
amoroso como hijo,  
y piadoso como padre.

¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!  
¿Qué he de hacer? Porque llevarle  
al Rey es llevarle, ¡ay, triste!,  
a morir. Pues ocultarle  
al Rey no puedo, conforme  
a la ley del homenaje.  
De una parte, el amor propio,  
y la lealtad, de otra parte,  
me rinden. Pero ¿qué dudo?  
¿La lealtad del Rey no es antes  
que la vida y que el honor?  
Pues ella viva y él falte.  
Fuera de que, si ahora atiendo  
a que dijo que a vengarse  
viene de un agravio, hombre  
que está agraviado es infame:  
no es mi hijo, no es mi hijo,  
ni tiene mi noble sangre.  
Mi hijo es; mi sangre tiene,  
pues tiene valor tan grande.  
Y así, entre una y otra duda,  
el medio más importante  
es irme al Rey y decirle  
que es mi hijo y que le mate.  
Quizá la misma lealtad  
de mi honor podrá obligarle.  
Y si le merezco vivo,  
yo le ayudaré a vengarse  
de su agravio; mas si el Rey,  
en sus rigores constante,  
le da muerte, morirá  
sin saber que soy su padre.

-----

Basilio—

Corte ilustre de Polonia,  
vasallos, deudos, y amigos;  
Ya sabéis que son las ciencias  
que más curso y más estimo  
matemáticas sutiles,  
pues, cuando en mis tablas miro  
presentes las novedades  
de los venideros siglos,  
le gano al tiempo las gracias  
de contar lo que yo he dicho.  
Esos círculos de nieve,  
esos doseles de vidrio,  
que el sol ilumina a rayos,  
que parte la luna a giros,  
son el estudio mayor  
de mis años; son los libros,  
donde, en papel de diamante,  
en cuadernos de zafiros,  
escribe con líneas de oro,  
en caracteres distintos,  
el cielo nuestros sucesos,  
ya adversos o ya benignos.

En Clorilene, mi esposa,  
tuve un infelice hijo,  
en cuyo parto los cielos  
se agotaron de prodigios

Su madre, infinitas veces,  
entre ideas y delirios  
del sueño, vio que rompía  
sus entrañas atrevido  
un monstruo en forma de hombre;  
y, entre su sangre teñido,  
le daba muerte, naciendo

víbora humana del siglo.  
Llegó de su parto el día,  
y, los presagios cumplidos:  
los cielos se escurecieron,  
temblaron los edificios,  
llovieron piedras las nubes,  
corrieron sangre los ríos.  
En este mísero, en este  
mortal planeta o signo  
nació Segismundo, dando  
de su condición indicios,  
pues dio la muerte a su madre.  
Yo, acudiendo a mis estudios,  
en ellos y en todo miro  
que Segismundo sería  
el hombre más atrevido,  
el príncipe más crüel  
y el monarca más impío;  
y él, de su furor llevado,  
entre asombros y delitos,  
había de poner en mí  
las plantas; y yo, rendido  
a sus pies me había de ver,  
(¡con qué congoja lo digo!).  
Pues dando crédito yo  
a los hados, que adivinos  
me pronosticaban daños  
en fatales vaticinios,  
determiné de encerrar  
la fiera que había nacido,  
por ver si el sabio tenía  
en las estrellas dominio.  
Publicóse que el infante  
nació muerto y, prevenido,  
hice labrar una torre  
entre las peñas y riscos  
desos montes, donde apenas

la luz ha hallado camino.  
Allí Segismundo vive,  
mísero, pobre y cautivo,  
adonde sólo Clotaldo  
le ha hablado, tratado y visto.  
Éste le ha enseñado ciencias;  
éste en la ley le ha instruido.  
Aquí hay tres cosas: la una,  
que yo, Polonia, os estimo  
tanto que os quiero librar  
de la opresión y servicio  
de un rey tirano, porque  
no fuera señor benigno  
el que a su patria y su imperio  
pusiera en tanto peligro;  
la otra es considerar  
que, si a mi sangre le quito  
el derecho que le dieron  
humano fuero y divino,  
no es cristiana caridad,  
pues ninguna ley ha dicho  
que, por reservar yo a otro  
de tirano y de atrevido,  
pueda yo serlo, supuesto  
que si es tirano mi hijo,  
porque él delitos no haga,  
vengo yo a hacer los delitos;  
es la última y tercera  
el ver cuánto yerro ha sido  
dar crédito fácilmente  
a los sucesos previstos,  
pues, aunque su inclinación  
le dicte sus precipicios,  
quizá no le vencerán,  
porque el hado más esquivo,  
la inclinación más violenta,  
el planeta más impío

sólo el albedrío inclinan,  
no fuerzan el albedrío.

Yo he de ponerle mañana,  
sin que él sepa que es mi hijo  
en mi dosel, en mi silla  
y, en fin, en el lugar mío,  
donde os gobierne y os mande,  
y donde todos, rendidos,  
la obediencia le juréis;  
pues con aquesto consigo  
tres cosas, con que respondo  
a las otras tres que he dicho.  
Es la primera que, siendo  
prudente, cuerdo y benigno,  
gozaréis el natural  
príncipe vuestro, que ha sido  
cortesano de unos montes  
y de sus fieras vecino.  
Es la segunda que, si él,  
soberbio, osado, atrevido  
y crüel, con rienda suelta  
corre el campo de sus vicios,  
habré yo, piadoso entonces,  
con mi obligación cumplido,  
y luego, en desposeerle,  
haré como rey invicto,  
siendo, el volverle a la cárcel,  
no crueldad, sino castigo.  
Es la tercera que, siendo  
el príncipe como os digo,  
por lo que os amo, vasallos,  
os daré reyes más dignos  
de la corona y el cetro,  
pues serán mis dos sobrinos,  
juntando en uno el derecho  
de los dos, y, convenidos

con la fe del matrimonio,  
tendrán lo que han merecido.  
Esto como rey os mando,  
esto como padre os pido,  
esto como sabio os ruego,  
esto como anciano os digo.

Clotaldo—

Todo, como lo mandaste,  
queda efetuado.

Basilio—

Cuenta,  
Clotaldo, cómo pasó.

Clotaldo—

Fue, señor, desta manera.  
Con la bebida, en efeto,  
que el opio, la adormidera  
y el beleño compusieron,  
bajé a la cárcel estrecha  
de Segismundo. Con él  
hablé un rato de las letras  
humanas que le ha enseñado  
la muda naturaleza  
de los montes y los cielos,  
en cuya divina escuela  
la retórica aprendió  
de las aves y las fieras.  
Para levantarle más  
el espíritu a la empresa  
que solicitas, tomé  
por asunto la presteza  
de un águila caudalosa  
que, despreciando la esfera  
del viento, pasaba a ser,  
en las regiones supremas

del fuego, rayo de pluma  
o desasido cometa.  
Encarecí el vuelo altivo,  
diciendo: «Al fin eres reina  
de las aves, y así a todas  
es justo que te prefieras».  
Él no hubo menester más,  
que, en tocando esta materia  
de la majestad, discurre  
con ambición y soberbia  
—porque, en efeto, la sangre  
le incita, mueve y alienta  
a cosas grandes— y dijo:  
«¡Que en la república inquieta  
de las aves también haya  
quien les jure la obediencia!  
En llegando a este discurso,  
mis desdichas me consuelan;  
pues, por lo menos, si estoy  
sujeto, lo estoy por fuerza;  
porque, voluntariamente,  
a otro hombre no me rindiera».  
Viéndole ya enfurecido  
con esto, que ha sido el tema  
de su dolor, le brindé  
con la pócima, y apenas  
pasó desde el vaso al pecho  
el licor cuando las fuerzas  
rindió al sueño, discurriendo  
por los miembros y las venas  
un sudor frío, de modo  
que, a no saber yo que era  
muerte fingida, dudara  
de su vida. En esto llegan  
las gentes de quien tú fías  
el valor desta experiencia,  
y, poniéndole en un coche,

hasta tu cuarto le llevan,  
donde prevenida estaba  
la majestad y grandeza  
que es digna de su persona.

Y si haberte obedecido  
te obliga a que yo merezca  
galardón, sólo te pido  
–perdona mi inadvertencia–  
que me digas qué es tu intento,  
trayendo desta manera  
a Segismundo a palacio.

Basilio–

Clotaldo, muy justa es esa  
duda que tenéis, y quiero  
sólo a vos satisfacerla.  
A Segismundo, mi hijo,  
el influjo de su estrella  
–vos lo sabéis– amenaza  
mil desdichas y tragedias.  
Quiero examinar si el cielo  
o se mitiga o se temple  
por lo menos, y, vencido  
con valor y con prudencia,  
se desdice, porque el hombre  
predomina en las estrellas.  
Esto quiero examinar,  
trayéndole donde sepa  
que es mi hijo, y donde haga  
de su talento la prueba.  
Si magnánimo se vence,  
reinará; pero si muestra  
el ser crüel y tirano,  
le volveré a su cadena.  
Agora preguntarás  
que, para aquesta experiencia,

¿qué importó haberle traído  
dormido desta manera?  
Si él supiera que es mi hijo  
hoy, y mañana se viera  
segunda vez reducido  
a su prisión y miseria,  
cierto es de su condición  
que desesperara en ella;  
porque, sabiendo quién es,  
¿qué consuelo habrá que tenga?  
Y así he querido dejar  
abierta al daño esta puerta  
del decir que fue soñado  
cuanto vio. Con esto llegan  
a examinarse dos cosas:  
su condición, la primera,  
pues él despierto procede  
en cuanto imagina y piensa;  
y el consuelo, la segunda,  
pues, aunque agora se vea  
obedecido y después  
a sus prisiones se vuelva,  
podrá entender que soñó;  
y hará bien cuando lo entienda,  
porque en el mundo, Clotaldo,  
todos los que viven sueñan.

-----

Segismundo—

¡Válgame el cielo, qué veo!  
¡Válgame el cielo, qué miro!  
¡Con poco espanto lo admiro!  
¡Con mucha duda lo creo!  
¿Yo en palacios suntuosos?  
¿Yo entre telas y brocados?

¿Yo cercado de criados  
tan lucidos y briosos?  
¿Yo despertar de dormir  
en lecho tan excelente?  
¿Yo en medio de tanta gente  
que me sirva de vestir?  
Decir que sueño es engaño;  
bien sé que despierto estoy.  
¿Yo Segismundo no soy?  
Dadme, cielos, desengaño.  
Decidme: ¿qué pudo ser  
esto que a mi fantasía  
sucedió mientras dormía,  
que aquí me he llegado a ver?  
Pero sea lo que fuere,  
¿quién me mete en discurrir?  
Dejarme quiero servir,  
y venga lo que viniere.

Clotaldo—

Vuestra Alteza, gran señor,  
me dé su mano a besar;  
que el primero le ha de dar  
esta obediencia mi honor.

Segismundo—

(Clotaldo es; pues ¿cómo así,  
quien en prisión me maltrata,  
con tal respeto me trata?  
¿Qué es lo que pasa por mí?)

Clotaldo—

Con la grande confusión  
que el nuevo estado te da,  
mil dudas padecerá  
el discurso y la razón.  
Pero ya librate quiero

de todas –si puede ser–,  
porque has, señor, de saber  
que eres príncipe heredero  
de Polonia. Si has estado  
retirado y escondido,  
por obedecer ha sido  
a la inclemencia del hado,

Mas fiando a tu atención  
que vencerás las estrellas,  
porque es posible vencellas  
a un magnánimo varón,  
a palacio te han traído  
de la torre en que vivías,  
mientras al sueño tenías  
el espíritu rendido.

Tu padre, el rey mi señor,  
vendrá a verte y dél sabrás,  
Segismundo, lo demás.

Segismundo–

¡Pues, vil, infame y traidor!  
¿Qué tengo más que saber,  
después de saber quién soy  
para mostrar desde hoy  
mi soberbia y mi poder?  
¿Cómo a tu patria le has hecho  
tal traición, que me ocultaste  
a mí, pues que me negaste,  
contra razón y derecho,  
este estado?

Clotaldo–

¡Ay de mí triste!

Segismundo–

Traidor fuiste con la ley,

lisonjero con el Rey,  
y crüel conmigo fuiste;  
y así el Rey, la ley y yo,  
entre desdichas tan fieras,  
te condenan a que mueras  
a mis manos.

Clotaldo-

¡Señor!

Segismundo-

No

me estorbe nadie, que es vana  
diligencia; y, ¡vive Dios!,  
si os ponéis delante vos,  
que os eche por la ventana.

-----

Basilio-

¿Qué ha sido esto?

Segismundo-

Nada ha sido.

a un hombre, que me ha cansado  
dese balcón he arrojado.

Clarín: que es el rey está advertido. (No sabemos qué hacer...)

Basilio-

¿Tan presto una vida cuesta  
tu venida el primer día?

Segismundo-

Díjome que no podía  
hacerse y gané la apuesta.

Basilio—

Pésame mucho que cuando,  
príncipe, a verte he venido,  
pensando hallarte advertido,  
de hados y estrellas triunfando,  
con tanto rigor te vea,  
y que la primera acción  
que has hecho en esta ocasión  
un grave homicidio sea.  
Yo así, que en tus brazos miro  
desta muerte el instrumento  
y miro el lugar sangriento,  
de tus brazos me retiro;  
y, aunque en amorosos lazos  
ceñir tu cuello pensé,  
sin ellos me volveré,  
que tengo miedo a tus brazos.

Segismundo—

Sin ellos me podré estar  
como me he estado hasta aquí;  
que un padre que contra mí  
tanto rigor sabe usar,  
que con condición ingrata  
de su lado me desvía,  
como a una fiera me cría,  
y como a un monstruo me trata,  
y mi muerte solicita,  
de poca importancia fue  
que los brazos no me dé  
cuando el ser de hombre me quita.

Basilio—

Al cielo y a Dios pluguiera  
que a dártele no llegara;  
pues ni tu voz escuchara,

ni tu atrevimiento viera.

Segismundo—

Si no me le hubieras dado,  
no me quejara de ti;  
pero una vez dado, sí,  
por habérmele quitado;  
que, aunque el dar el acción es  
más noble y más singular,  
es mayor bajeza el dar  
para quitarlo después.

Basilio—

Bien me agradeces el verte,  
de un humilde y pobre preso,  
príncipe ya.

Segismundo—

Pues en eso,  
¿qué tengo que agradecerte?  
Tirano de mi albedrío,  
si, viejo y caduco, estás  
muriéndote, ¿qué me das?  
¿Dasme más de lo que es mío?  
Mi padre eres y mi rey;  
luego toda esta grandeza  
me da la naturaleza  
por derechos de su ley.  
Luego, aunque esté en este estado,  
obligado no te quedo,  
y pedirte cuentas puedo  
del tiempo que me has quitado  
libertad, vida y honor;  
y así, agradéceme a mí  
que yo no cobre de ti,  
pues eres tú mi deudor.

Basilio—

Bárbaro eres y atrevido.  
Cumplió su palabra el cielo;  
y así, para él mismo apelo.  
¡Soberbio, desvanecido!  
Y aunque sepas ya quién eres  
y desengañado estés,  
y aunque en un lugar te ves  
donde a todos te prefieres,  
mira bien lo que te advierto:  
que seas humilde y blando,  
porque quizá estás soñando,  
aunque ves que estás despierto.

Segismundo—

¿Que quizá soñando estoy,  
aunque despierto me veo?  
No sueño, pues toco y creo  
lo que he sido y lo que soy.  
Y aunque agora te arrepientas,  
poco remedio tendrás:  
sé quién soy y no podrás,  
aunque suspires y sientas,  
quitarme el haber nacido  
desta corona heredero.  
Y, si me viste primero  
a las prisiones rendido,  
fue porque ignoré quién era;  
pero ya informado estoy  
de quién soy y sé que soy  
un compuesto de hombre y fiera.

-----

Clotaldo—

(A mí me toca llegar  
a hacer la deshecha agora.)

¿Es ya de despertar hora?

Segismundo—

Sí, hora es ya de despertar.

Clotaldo—

¿Todo el día te has de estar  
durmiendo? ¿Desde que yo  
al águila que voló  
con tarda vista seguí  
y te quedaste tú aquí,  
nunca has despertado?

Segismundo—

No,  
ni aún agora he despertado;  
que, según Clotaldo entiendo,  
todavía estoy durmiendo;  
y no estoy muy engañado;  
porque si ha sido soñado  
lo que vi palpable y cierto,  
lo que veo será incierto;  
y no es mucho que, rendido,  
pues veo estando dormido,  
que sueñe estando despierto.

Clotaldo—

Lo que soñaste me di.

Segismundo—

Supuesto que sueño fue,  
no diré lo que soñé;  
lo que vi, Clotaldo, sí.  
Yo desperté y yo me vi,  
¡qué crueldad tan lisonjera!,  
en un lecho que pudiera  
con matices y colores

ser el catre de las flores  
que tejió la Primavera.  
Aquí mil nobles, rendidos  
a mis pies, nombre me dieron  
de su príncipe y sirvieron  
galas, joyas y vestidos.  
La calma de mis sentidos  
tú trocaste en alegría  
diciendo la dicha mía:  
que, aunque estoy desta manera,  
príncipe en Polonia era.

Clotaldo—

¡Buenas albricias tendría!

Segismundo—

No muy buenas: por traidor,  
con pecho atrevido y fuerte,  
dos veces te daba muerte.

Clotaldo—

¿Para mí tanto rigor?

Segismundo—

De todos era señor  
y de todos me vengaba.  
Sólo a una mujer amaba;  
que fue verdad, creo yo,  
en que todo se acabó  
y esto sólo no se acaba.

Clotaldo—

(Enternecido se ha ido  
el rey de haberle escuchado.) (*Aparte*)  
Como habíamos hablado  
de aquella águila, dormido,  
tu sueño imperios han sido;

mas en sueños fuera bien  
entonces honrar a quien  
te crió en tantos empeños,  
Segismundo, que aun en sueños  
no se pierde el hacer bien.

Segismundo—

Es verdad; pues reprimamos  
esta fiera condición,  
esta furia, esta ambición,  
por si alguna vez soñamos.  
Y sí haremos, pues estamos  
en mundo tan singular  
que el vivir sólo es soñar,  
y la experiencia me enseña  
que el hombre que vive sueña  
lo que es hasta despertar.  
Sueña el rey que es rey, y vive  
con este engaño mandando,  
disponiendo y gobernando;  
y este aplauso, que recibe  
prestado, en el viento escribe  
y en cenizas le convierte  
la muerte: ¡desdicha fuerte!  
¡Que hay quien intente reinar  
viendo que ha de despertar  
en el sueño de la muerte!  
Sueña el rico en su riqueza,  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza;  
sueña el que afana y pretende;  
sueña el que agravia y ofende;  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son,  
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida?: un frenesí.  
¿Qué es la vida?: una ilusión,  
una sombra, una ficción;  
y el mayor bien es pequeño,  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.